

contra las fuerzas policiales y el ejército, lo envuelven en un resplandor de legítima epopeya. La desintegración normal del libro no me parece un defecto; por el contrario creo que el ancho, desmesurado panorama que se alcanza en la novela, no permite una disposición preceptual en la razón de la fuerza poderosa que impone la desintegración caótica del mundo que interpreta: el pueblo boliviano; masas estáticas de indios envilecidos, sensibles apenas al garrote, y que el odio arremolina esporádicamente; masas obreras contradictorias; masas de soldados sin disciplina y sin rumbo, junto a férreos combatientes; una clase media sin mucha conciencia de su misión; y una minoría mandataria que viene de la tenebrosa colonia, sin haber higienizado su mente.

«Aluvión de Fuego» nos hace pensar en esa formidable «Raza de Bronce», de Arguedas, cuyo sombrío fondo, donde respira un pueblo aletargado por la barbarie patronal, podría servir de atmósfera a todas las novelas americanas. En «Aluvión de Fuego» se advierte la auroral inquietud de los pueblos que se remueven en la densa tiniebla de los sueños seculares, bajo la influencia de los estímulos que flotan sobre el mundo. El paisaje impone a veces su magia terrible y su rudeza, pero a ratos largos el hombre camina mirándose en su propia conciencia, turbia o iluminada.—LAUTARO YANKAS.

MIRADAS SOBRE EL MUNDO ACTUAL, por *Paul Valery*.

Es un libro breve, aunque denso de contenido, a menudo de pensamiento extraordinariamente penetrante, donde Paul Valery analiza diversos aspectos fundamentales (o elementales) que interesan a la inteligencia humana. La historia, la política, los partidos, las guerras son estudiados, verdad que fragmentariamente, en un sentido general y abstracto, no obstante que Valery se basa con frecuencia en hechos y accidentes concretos. Pero su mismo concepto de la historia—«la historia justifica lo que uno desea»—le impide o más bien, le obliga a usar como ele-

mento metódico, tanto en el significado filosófico del termino, como en el corriente, las abstracciones; su pensamiento se desenvuelve con más conocimiento y pericia, con más agudeza y agilidad. Sin duda estas abstracciones son también concretaciones de su pensamiento, tal vez la manera más exacta y consecuente de su expresión. Varias veces devienen ingeniosas, aunque esta facultad de la inteligencia (el ingenio que Wilde poseyó en forma superlativa) no extiende su presencia con continuidad en «*Miradas sobre el mundo actual*» (ediciones Ercilla). La seriedad de Valery, reforzada por sus estudios filosóficos y matemáticos, le inhiben la pirueta intelectual a la que era tan aficionado su compatriota Anatole France, como la contención y la sobriedad que lo impelen a la permanencia de la síntesis, a la necesidad de comunicar lo que le parece solo absolutamente preciso. En este sentido ha abandonado toda palabra indefinida, como toda vaguedad de pensamiento. Es difícil encontrar en esta obra algo que no sea la expresión de lo madurado largamente, de lo estrictamente definido. De ahí la claridad radiante que se desprende de estas páginas. Uno puede estar en desacuerdo con la orientación de sus opiniones, con el significado ideológico de las mismas (y lo estamos más a menudo de lo que pudiera sospecharse), pero no es honorable desconocer esa facultad de precisión y ese repudio conseguido por lo vago.

«Esta pequeña recopilación de ensayos está dedicada preferentemente a las personas sin principios y ausente de partidos». Nosotros podríamos agregar con cierta audacia o con cierta falsedad en lo referente a los principios; por lo menos, sí, con seguridad, que han sido escritos por un hombre sin partido, por un hombre independiente. No sabemos con certeza si es precisamente esta posición de Paul Valery frente a los acontecimientos humanos la que nos da la sensación de que sus «*Miradas sobre el mundo actual*» parecen haber sido dadas por un sujeto de otro tiempo anterior y no por un contemporáneo no obstante que alude con insistencia a hechos de nuestra época.

La situación actual de la humanidad se ha simplificado extraordinariamente, cuando menos en la solución teórica de sus problemas básicos (el económico, el político y el social), obligando al hombre a adoptar una actitud definida, es decir, una actitud de partido. El hombre actual, si quiere estar en consonancia con el desarrollo y vivencia de su época está obligado a ser partidario o partidista, pues la humanidad está dividida en dos sectores perfectamente delimitados y con intereses abiertamente opuestos. Los hombres independientes o sea, los que aun no han resuelto esta diáfana disyuntiva, suponemos, no comprenden la urgencia y el ritmo, de una violencia tan específica, del tiempo contemporáneo. Por lo demás, creemos, no es tampoco una posición leal frente al mismo, o más bien, frente a los problemas que en su dimensión se han planteado. Es necesaria la clarificación ideológica, la compenetración absoluta y total para definirse en amplitud en uno de los sectores de que hablamos.

Refrendemos lo dicho al comienzo del párrafo segundo: Paul Valery es un hombre sin partido, es un hombre independiente. De ahí, acaso, que este libro, de innegable serenidad y equilibrio, producto de un cerebro valiosamente inteligente y también, de innegable valor dentro de su tono y muy acertado en algunas de sus conclusiones parciales, nos parece adolecer de lo que para nosotros es un defecto en cuanto a posición para enfocar los problemas actuales, la independencia de la misma en Paul Valery.

Sin duda, para otros, esta misma independencia sea una de sus mejores cualidades. Tal vez, cuestión de criterio, se dirá, aunque íntimamente creemos no es así y, al contrario, suponemos, que existe algo más vital y profundo que busca el lector en la obra de los grandes escritores contemporáneos. No es tan solo la exposición de las inquietudes sino, sobre todo, el orientarlas hacia una finalidad proficua a la colectividad. Y eso, no encontramos en este libro de Paul Valery, sintiendo en él una especie

de vacío, de ausencia. Y es que en «*Miradas sobre el mundo actual*» no está expresada la inquietud de nuestro tiempo en ninguna de sus direcciones matrices, partidistas. Verdad es que Valery dice que ha escrito para seres sin partidos, es decir, para seres que no se han ubicado todavía frente a sus propios problemas que no son más que aspectos individuales de los problemas colectivos. Pero estos seres, afirmamos, no existen. Pues los intereses y las condiciones sociales se encargan de hacerlo, a pesar de ellos (los seres), contra ellos o sin que ellos se den cuenta. —A. T.

#### UNA BIOGRAFÍA DE HENRI BEYLE

En el prólogo a *Tres poetas de su vida*—de donde ha sido desprendido el *Stendhal* que recién ha publicado la Editorial E. N. E.—manifiesta Stefan Zweig, que en los tiempos modernos, después que Agustín, llamado el santo, dijo aquello: «la cuestión, el problema es uno mismo», es cuando se nota de manera evidente la bifurcación en el género autobiográfico, a saber: junto con el conocimiento de la vida, el de los sucesos de esa misma vida: presentación ante sí y ante los demás, o sea, biografía extrínseca y objetiva y biografía intrínseca y subjetiva. No explica, sí, Zweig, si ambas ramas se demarcan con tanta nitidez como para que nunca una posea, en mayor o menor grado, elementos de la otra. No obstante, afirma, razonablemente, que la primera se orienta siempre hacia la publicidad (preferimos decir exhibicionismo) siendo su vehículo más apropiado la confesión, ante la comunidad o por el libro; la segunda es más bien un monólogo y se conforma con un diario. «Sólo las naturalezas verdaderamente complejas—agrega—como Goethe, Stendhal o Tolstoi han buscado una síntesis de ambas tendencias».

Pero la verdadera tragedia del artista comienza cuando necesita comunicar la verdad, «su verdad» y es imperioso, entonces, poseer toda «la heroica sinceridad del autobiógrafo», porque